V

El castillo de San Salvador, situado á dos kilómetros de la fábrica de la Neuville, es una vasta construcción, estilo Luis XVI, levantado en medio de un parque que mide próximamente diez hectáreas y que se refleja en las corrientes aguas del Lirón. Inhabitado hacia ya cinco años, adquiriólo Herbelin instalándose en él veinticuatro horas después con su mujer y su hija. Hacía ya mucho tiempo que las gentes de la comarca decían que aquel castillo estaba hecho que ni pintado para David, pero tenía éste entonces más que suficiente con el pabellón de la fábrica cuando iba á visitarla y no se hallaba muy inclinado á adquirir una propiedad, que su mujer, amante como la que más de la vida y del bullicio de París, habría de resistirse á ocupar. Al siguiente día de los desgraciados sucesos que de tal modo habían influido en la existencia de Herbelin, sintió éste la necesidad de abandonar París por otro sitio cualquiera que le permitiera vivir casi en completa soledad, y después de consultarlo con Luisa, procedió en el acto á la adquisición de la antedicha propiedad.

Cecilia habíase mostrado loca de contenta al saber aquel cambio de residencia, y su institutriz, la señorita Pellegrin se hallaba también muy satisfecha de salir de París. Respecto á Luisa, fué para ella un gran alivio el alejarse de un sitio, en el que sus menores pasos hubiesen sido espiados y comentados. Sus decepciones la habían sumergido en una especie de misantropía y ninguna otra resolución que la adoptada por su marido, podía cuadrar mejor á sus deseos. Encontró además un ameno entretenimiento y un momentáneo olvido á sus sombríos pensamientos, alhajando el antes casi desamueblado castillo.

David, como si nada hubiera acontecido entre ellos, la había encargado de la organización interior de la casa, haciendo lo posible por no revelar el menor cambio en su actitud, pues por nada en el mundo hubiera querido que Cecilia se apercibiera de ello, sirviéndole de poderosa ayuda la tímida reserva de que siempre había hecho uso para con Luisa. Encerrábase en la fábrica desde la mañana á la noche y tan solo se le veía en su casa á la hora de las comidas. En lo que á Cecilia respecta, llevaba la misma existencia de siempre, y expansiva y cariñosa con su padre en todas ocasiones, mostrábase con Luisa un tanto reservada é inquieta, como si presintiera algo de los misterios que se ocultaban dentro de aquel corazón inquieto. Todo cuanto David decía, era para ella palabra de Evangelio y ajustaba su opinión á la que su padre

emitiera sobre cualquier persona ó asunto respondiendo siempre á los argumentos que pudieran hacérsele: «Esa es la opinión de papá.» Pero jamás decía lo propio, respecto á su madre.

Existía en el fondo de su alma una especie de protesta, contra el mal oculto desdén que desde hacía largo tiempo manifestaba Luisa hacia su marido, pues veía claramente que aquel hombre perfecto, no era amado como debiera serlo; así es, que el espíritu de justicia que reside casi siempre en el fondo de toda conciencia infantil, impulsábala á respetarle y amarle con mayor fuerza, llegando de este modo sin pensarlo, á separarse un tanto de su madre y á hacer más débiles los naturales lazos que las unieran. Podrían tener, por lo tanto, fácil explicación, atenuándolas hasta cierto punto las faltas cometidas por Luisa. Un poco más de tiránica ternura por parte de su hija, y algo menos de tímido recogimiento por parte de su marido, la hubieran detenido en sus locas ideas y mejor guardado en su hogar.

Todas estas reflexiones se hacía David cuando pensaba en su doloroso infortunio. Conservaba siempre un resto de bondad para excusar á Luisa en vez de aumentar las proporciones de su culpa, y llevado por su excesiva modestia decíase á veces que nada tenía de extraño que un hombre como él, con quien la naturaleza no se había mostrado pródiga, siempre ocupado en absorbentes trabajos y sin aparato alguno seductor para conquistar el corazón de una mujer joven y bella, no hubiese conseguido atraerse de invencible modo el cariño

de la suya. Nada, pues, tiene de extraño que al propio tiempo que se quejaba amargamente por el mal recibido, compadeciese asimismo á la culpable.

Observábala con atención y extrañábase de su impasibilidad, que conservaba á toda hora desde el día que tuvieron la decisiva explicación que ya conoce el lector. Veíase bien á las claras que había decidido mostrarse tranquila, sencilla y deferente y que habría de continuar guardando la misma actitud en lo porvenir. Pero, ¿cómo podría saber David lo que pensaba?... Y ese, era precisamente el mayor de sus deseos, porque, cuando la veía con la frente serena, y apacible la mirada, ¿cómo averiguar el curso de sus ideas, ni cómo inquirir tampoco si en el fondo de aquel sér, se ocultaba la cólera, la pena ó la resignación? También ella había sufrido, pero por más merecido y justo que fuese aquel sufrimiento, las heridas causadas por éste, no podían haberse cicatrizado todavía, pues las suyas aún manaban sangre.

Cuando durante la noche permanecía sentada en un rincón de la estancia ocupada maquinalmente en bordar, ¿sería por acaso el recuerdo del hombre que tanto había adorado el que la sumergía en aquella especie de éxtasis? ¡Ah! ¡Poder penetrar en aquel cerrado y obscuro pensamiento y leer en él como en un libro los amargos recuerdos del placer perdido, las locas aspiraciones á nuevos voluptuosos placeres, el horror de la situación presente y la esperanza de una próxima libertad, hubiera aliviado de un gran peso á su fatigado espíritu y

podría hacerle saber por completo los sentimientos que Luisa guardaba en su pecho! Deseaba, en fin, afirmarse en su compasión ó en su odio.

Y, sin embargo, había sido para él una verdadera dicha el no haber penetrado durante los primeros momentos en el misterioso pensamiento de aquella que vivia á su lado, al alcance de sus miradas y que no obstante eso, se hallaba moralmente tan lejos de él. Hubiérase aterrado ante el espectáculo que ofrecía aquel espíritu caído y revoltoso y se hubiera indignado mucho más al ver la falta de resignación en la mujer abandonada, que de la carencia de virtud en la que se había entregado á ilícitos amores. Porque no había que dudar que de Luisa se había apoderado primeramente la cólera, duramente humillada por un abandono anunciado ya por aquel mismo á quien ella abandonaba. El esfuerzo llevado á cabo para arrancarse á los lazos de la familia, había sido tan violento, como violenta y dura fué la reacción que más tarde se iniciara en aquel espíritu, tan por completo postrado, que abatida y falta de fuerzas para sustraerse á aquel decaimiento, decidió dejarse llevar por la voluntad de los que la rodeaban.

Buscaba siempre la soledad, y después del almuerzo, cuando David regresaba á la fábrica y que Cecilia trabajaba con la señorita Pellegrin, ó que ambas se dirigian campo á través rebuscando insectos y hierbas para su colección, Luisa bajaba al parque, hermoso macizo de árboles seculares, cortado por anchas avenidas, y rodeado por una valla cubierta de musgo, y siempre tapizada de trepadora yedra,

que separaba la posesión del bosque de la Neuville. Atravesaba el parque el río Lirón, festonado de verdes praderas, en las que multitud de rollizas vacas rumiaban tranquilamente la jugosa y fresca hierba. Reinaban allí la más reposada calma y el más recogido silencio, turbados tan solo por el murmullo del río, que, detenido á veces en su curso por enormes rocas hábilmente dispuestas, producía su ruido el efecto de misteriosa cascada. Muy cerca del estanque, á cuya orilla crecían los lirios dando al viento sus violáceas campanillas y se estrellaban las aguas formando plateada espuma, alzábase un kiosco en el que Luisa se refugiaba pasando en él la mayor parte del tiempo.

Llena el alma de profunda tristeza, tan descontenta de sí misma como de los demás y tan ávida como incapaz de recobrar la perdida calma, pasaba la mayor parte del día contemplando cual se deslizaban las nubes en el azulado cielo, escuchando el susurro del viento entre los árboles y respirando el aire saturado de las infinitas é impalpables partículas que el cercano salto de agua llevaba hasta ella. Y sin embargo hubiérase dicho que sus ojos nada veían de cuanto miraban, que sus oidos permanecían insensibles á todo rumor, y que vivía, en fin, en medio de aquel encantado Edén, sin gozar para nada de sus delicias. Devorábala el remordimiento, juzgaba que su castigo era poco proporcionado á la falta que cometiera y en la completa evolución que en sus sentimientos se verificaba, era tal el odio que dentro de su alma sentía hacia Daniel, qne todos sus esfuerzos propendían á bo-

rrar para siempre de sus recuerdos la imagen de aquel sér cuya conducta había sido tan rastrera como vil.

En cambio, sentía hacia David un profundo agradecimiento por la bondad é inusitada grandeza de espíritu que había demostrado. Hubiera querido, sin embargo, que en el heroísmo de aquel hombre hubiese habido menos piedad y más cólera, pues para que su admiración hacia él fuese mayor, faltaba que éste hubiese puesto verdadero empeño en conocer al ladrón de su honor, manchando luego sus manos con la sangre de Condottier: esta conducta la hubiera quizás horrorizado, pero la habría parecido verdaderamente heróica al propio tiempo, y no pasaría Herbelin ante sus ojos como un hombre indulgente y honrado, sí, pero también algo común y nada romántico.

Preguntábase también á veces, si sería quizás el miedo el que impulsase á su marido á no conocer á su aborrecido rival y hasta llegaba á advertir cierto rebajamiento en la incomprensible impasibilidad hacia ella, de aquel mártir del deber paternal. De aquí, que se considerase asimismo menos indigna al ver que David no se mostraba lo suficientemente grande que el caso exigía, y que para no juzgarse tan humillada, presumiese que la afrenta sufrida no le había hecho gran mella, desde el momento en que vivía sin ignorar que existía todavía el hombre que se la había inferido y que quizás se burlaba de él después de haber obtenido un completo triunfo.

Agitábase, pues, dentro de aquel desorden de

ideas y sentimientos, sin abrigar la menor indulgencia para sí propia ni para nadie, llena de sombría amargura, ciega ante la realidad de las cosas y dispuesta, sin embargo, á reconocer la verdad. Hubiera sido para eso preciso, que se la hubieran demostrado, pues falseado su espíritu por un exclusivismo personal, excesivo á todas luces, no le era posible llegar por sí propia á tan deseada demostración.

Había adoptado como regla de conducta, el mostrarse dulce y afable en toda ocasión para con su marido y Cecilia, aceptando desde luego como bueno todo cuanto David decía y ejecutando sin replicar, el menor de sus mandatos. Ocupábase de su hija con tan esmerado celo, que era la admiración de los extraños, por más que, falto del resplandor que ilumina y del ardiente rayo de sol que vivifica, no podía engañar á Herbelin ni á Cecilia: cumplía, en fin, con un deber, pero sin ese entusiasmo propio de los grandes afectos, pues en realidad no existía una gran diferencia entre las meditadas atenciones de la madre y el retribuído celo de la señora Pellegrin.

Tal era el efecto que en Cecilia produjera el desvío de su madre, desde que pudo apercibirse, hacía ya dos años, del visible alejamiento de Luisa, de las continuas salidas de ésta y del inmoderado deseo que tenía en acudir á las fiestas del gran mundo, que concluyó por persuadirse de que ya no la quería como toda buena madre debe de querer á sus hijos, y su cariño, propendió, como es natural, á hacerse más intenso en lo que á su padre se re-

feria. A pesar de esto, cuando sin explicarse la causa de ello, vió que se tornaba triste, preocupada y amante de la soledad, prodújose en su alma repentino cambio que la inducía, llevada de instintiva piedad, á acercarse á aquella mujer cuyos profundos dolores no conocía, pero que á toda costa hubiera deseado aliviar. Tornaba, pues, en derredor de su madre, llena de natural timidez, del mismo modo que un perro castigado por su amo, vuelve hacia éste exento de todo rencor y dispuesto á prodigar sus caricias y á hacer nuevos actos de sumisión.

En esa nueva conducta de Cecilia, no veía otra cosa Luisa que la natural timidez, producto de la desconfianza que ella la inspiraba, y su amargura tomaba mayores proporciones, cuando se decía á sí propia con ruda franqueza, que el actual desvío de su hija, era la consecuencia lógica del ejemplo que ella misma había dado. ¿Por qué tenía que encontrar cariño en aquella niña, si no la había amado nunca como debiera?... Su pensamiento, producto siempre del cálculo, no veía otra cosa en el cariño que un prolongado cambio de afecciones y no podía comprender que se puede amar con el necesario desinterés para concederlo todo sin recibir ni exigir nada, en cambio de esas mismas afecciones.

Hasta el momento mismo de su trágica desventura, había recibido inequívocas muestras de cariño, sin que ella se hubiese ocupado en devolverlas: habíase deslizado su vida en medio de la adoración y de las adulaciones, y su padre, su esposo y sus adoradores todos la habían tratado como á una reina, que cree hacer lo bastante dirigiendo una desdeñosa sonrisa á su pueblo. Tan sólo Daniel había obtenido durante cierto tiempo algo más de lo que él concediera, y llegado el fatal momento, cayó el ídolo envuelto entre las ruinas que el engaño de aquel hombre produjera. La lección no había sido sin embargo bastante instructiva, pues Luisa se obstinaba en maldecir las injusticias de la suerte. Ni por un solo instante recordaba que había tenido en su mano todos los elementos que pudiera apetecer para llegar á ser completamente dichosa, y continuaba, siempre vuelta la espalda á la realidad, encerrándose en sus dolorosos pensamientos y sin hacer alto para nada en la consoladora realidad que ante ella se presentaba.

Aquel deseo de soledad que alejaba á Luisa de todo el mundo proporcionó mayor independencia á Cecilia, que iba á sorprender con sus visitas á David cuando éste se hallaba ocupado en su laboratorio de la Neuville, y allí se entretenía también en cuidar el jardín que cultivaba siendo niña. Estaba situado dicho jardín dando frente á la dirección y bañado por la sombra de seculares tilos, cuyas ramas tocaban las ventanas del despacho de Herbelin, que no podía mirar sin profundo dolor hacia uno de los extremos de aquel pequeño verjel, en donde se conservaba aún el emparrado bajo cuya verde bóveda había osado hablar á Luisa por vez primera.

Hacía ya algunos días que Cecilia se ocupaba en la improba y pesada tarea de arreglar el jardín, cuando una tarde cargada con dos regaderas llegóse

á la bomba aspirante para tratar de llenarlas, pero advirtió al cabo de un momento que el grifo no daba agua ninguna. Esforzábase, sin embargo, imprimiendo todo el peso de su cuerpo sobre la balanza de hierro, cuando un joven, que salía en aquel punto del despacho desnuda la cabeza y llevando un rollo de papeles en la mano, se precipitó en su ayuda. Su semblante oval, sus ojos azules, su luengo bigote y su cabellera cortada al rape, le daban un aspecto dulce y sencillo. Saludó á Cecilia y dijo apoderándose de la balanza:

—¿Por qué no ha llamado usted á alguien, señorita? Ya sabe usted que todo el mundo está aquí á sus órdenes.

Y al decir esto agitó con fuerza la balanza consiguiendo llenar las dos regaderas en un instante. Reíase Cecilia del apresuramiento del joven y al advertirlo éste, no pudo menos de sonrojarse y demostrarse un tanto confuso.

—Doy á usted un millón de gracias. Pienso decir á papá que haga poner una artesa debajo del grifo, para que siempre haya agua y de ese modo se entibiará y será mucho mejor...

Quiso coger entonces ambas regaderas, pero el joven no lo consintió y dijo, después de colocar bajo su brazo el rollo de papeles:

—Permítame usted, señorita, esto es demasiado pesado para usted... Habrá que decir al señor Herbelin que compre otras menos pesadas...

—Verdaderamente éstas lo son, y mucho.. Pero esos papeles le incomodan á usted bastante... Deje usted al menos que los lleve.

Y el uno balanceando sus regaderas, y la otra con el rollo de papel al hombro, á guisa de escopeta, encamináronse hacia el jardín. Llegaban ya cerca de las plataformas, cuando apareció Herbelin en la puerta-ventana de su despacho, y dijo al verlos:

—¡Eso sí que está bien! ¿Con que, en esos trabajos ocupas á mi director?... Amigo Laroque creo que no conocía usted todavía á mi hija...

—Todavía no he tenido el honor de que me presenten á esta señorita.

—Pues bien, Cecilia; dijo riéndose Herbelin, te presento al señor Laróque, director de la fábrica, con objeto de que si más adelante tienes que hacer importantes trabajos, no te dirijas especialmente á él para llevarlos á cabo.

Pero ahora que pienso, añadió acariciándose la barba y despertándose en él el espíritu de profesión, es sencillamente tonto tener que servirse de la bomba para obtener agua. Por medio de una tubería que partiese de la máquina hasta el jardín conseguiríamos cien veces más presión de la que se necesita para regar por medio de manga.

—Se podría también instalar un surtidor, añadió Laroque, y se utilizaría también el estanque pequeño que está cerca de la verja...

—Nada, pues ya puede usted dar las órdenes necesarias para que abran una zanja é instalen en ella la correspondiente tubería... Y tú, añadió dirigiéndose á su hija ya no tendrás necesidad de más regaderas; con dar vuelta á un grifo, asunto concluído.

—¡Entonces, ya verás, ya verás, papá mío, que jardín á la inglesa voy á hacer aquí: lo mismo que el parque Monceau.

—¡Bueno, mujer! diviértete; pero mira, ten mucho cuidado en no mojarte los pies...

Apercibióse en aquel momento del enorme rollo de papeles que Cecilia conservaba aún en su poder y dijo:

—¡Pero chiquilla, esos son los planos de Laroque!

—Sí, señor; dijo el director, iba á entregárselos á usted cuando encontré á esta señorita.

—Vaya, pues entremos entonces en mi gabinete. Y luego, dirigiéndose á su hija:

—¿Piensas permanecer aún mucho tiempo aquí, hijita?

—Sí, papá. Deseo aguardarte y que volvamos á casa juntos, á pie.

—Convenido.

Y se fué en compañía de Laroque, dejando á Cecilia entregada á sus trabajos.

Cuando al día siguiente, después de almorzar, volvió para cuidar sus flores, observó que la tierra estaba recientemente removida y que faltaba todavía una de las planchas de madera que constituían la valla del jardín. Entró precipitadamente en sus dominios y descubrió una presa de agua, instalada del modo más perfecto, y á un lado, varias mangas de goma dispuestas ya á regar. Aplaudió con loca alegría, y llamó á la señorita Pellegrin para explicarla los milagrosos trabajos que se habían llevado á cabo en el jardín desde la víspera.

—Papá posee decididamente una varita mágica, que hace las cosas en el tiempo que quiere... Por más que es preciso convenir también en que el joven director, que es muy complaciente, debe haberle secundado de lo lindo.

Y cogiendo en seguida una de las mangas de goma, comenzó á regar la tierra, maravillándose al contemplar el diamantino iris que producía el agua, herida por los rayos del sol. Acababa de inundar casi por completo uno de los cuadros del jardín, cuando Herbelin salió de su despacho, y dijo, adelantándose hasta su hija:

—¡Me parece, Cecilia mía, que vas á convertir el jardín en un pantano! Ten cuidado, porque el uso no autoriza el abuso.

—Tienes razón, papá, ¿qué quieres? Me he dejado llevar por el atractivo de la novedad... Pero, vamos á ver, ¿cómo es que no me has dicho nada esta mañana, á la hora del almuerzo? Porque tú ya sabías entonces que el milagro estaba hecho.

—Quería darte una sorpresa... Además, Laroque me lo había rogado.

—Dale muchas gracias en mi nombre.

—Ya se las darás tú misma. ¡Ah! También te recomiendo á mi viejo contramaestre, Courdimanche; el pobre se ha llevado toda la noche trabajando y bien merece que le des un billetito de cien francos. Ya verás cómo esa gratificación le proporciona un doble placer.

—¿Y al Sr. Laroque?

—A ése le das las más expresivas gracias y le diriges algún amable cumplido... Demasiado com-

prenderás que no es hombre al cual se le pueda recompensar con dinero.

—Oye, papá; ¿qué clase de hombre es ese señor Laroque?

—Creo haberte dicho ayer que es el director de la fábrica.

—¿Hace ya mucho tiempo?

—Unos tres años...

—¿Sería muy joven entonces?...

—Tenía exactamente la misma edad que yo cuando ocupaba el sitio que hoy ocupa.

—¡Sí, pero es que tú!...

Sonrióse Herbelin deliciosamente conmovido ante aquella sencilla admiración, producto de la ternura que su hija le profesaba, y pasó uno de esos deliciosos momentos que compensan muchos otros de tristeza y de amargura. Dirigióla una cariñosa mirada, no pudiendo menos de admirarse al contemplar la naciente beldad de su hija, y la dijo, mientras acariciaba el rostro de la niña con una de sus manos:

—Laroque es un muchacho que me está en extremo reconocido.

—En efecto, parece quererte mucho.

—Sí; me he interesado vivamente por su suerte; cuando le admití en la fábrica, había pasado ya la pena negra y se encontraba casi en el arroyo á causa del inopinado cierre de un establecimiento de Saint-Denis, en el cual se hallaba colocado.

—¡Cómo! ¿No tenía familia?

—No tiene padre ni madre...

—¡Pobrecillo!...

Sintió David conmoverse todas las fibras de su corazón cuando Cecilia pronunció estas últimas palabras, no pudiendo menos de pensar que sin su constancia y verdaderos sacrificios paternales, quizás aquella pobre niña hubiera tenido que llorar la pérdida de su madre, y en su consecuencia, también la de sus más lozanas y juveniles ilusiones. Sintió, pues, inundársele el alma de inefable dicha, cual dulce bálsamo que viniera á mitigar los dolores de su ulcerado corazón, y después de besar á Cecilia, dirigióse hacia su despacho.

Aguardó en vano Cecilia durante tres días la propicia ocasión para dar las gracias á Laroque, y hubiera esperado más tiempo aún, si una orden expresa de Herbelin no le hubiese obligado á presentarse ante ella. Escuchó el joven con gran embarazo y no menos timidez las delicadas frases que aquélla le dirigiera, y se apresuró á esquivar su presencia apenas pronunciadas, y casi sin responder á ellas, en el momento mismo en que Herbelin le permitió recobrar su libertad.

La salvaje actitud del joven director no produjo la mejor impresión en Cecilia, que, aunque se guardó muy bien en comunicárselo á su padre, no por eso dejó de criticar duramente en su fuero interno aquel aspecto de hurón y aquella extremada seriedad, concluyendo por pensar en que Laroque era hombre de carácter retraído, y por lo tanto, poco aficionado al trato de gentes. Esto no obsta para que se ocupase de él, quizás con más frecuencia, que si hubiese hecho gala de vanales cumplimientos.